

OFRENDAS PARA EL SANTUARIO

Parochial and Plain Sermons VI, 21 (pp.294-312)

Predicado en St, Mary the Virgin, Universidad de Oxford, el 23 de setiembre de 1839.

INTRODUCCIÓN

El sermón que ofrecemos al lector está enmarcado en una época de la predicación de Newman particularmente marcada por el principio sacramental, ese verdadero núcleo de su pensamiento religioso: las realidades visibles son expresión de las invisibles. Desde la sacramentalidad del mismo mundo exterior, pasando por los hechos históricos humanos, la Encarnación del Verbo eterno, la Iglesia, y finalmente los sacramentos propiamente dichos, llegamos a la significación de lo que es la arquitectura de una iglesia, el culto, la liturgia. En esta publicación incluimos precisamente otras realidades sacramentales que nos remiten al mundo de Dios: la música y la poesía. Así, de algún modo, podemos vislumbrar la visión verdaderamente universal que tenía Newman, su captación de toda la realidad, su penetración visual más allá de lo sensible, en orden a ver y sentir la Presencia invisible. No es que en otros momentos de su vida esto sea más débil, ya que encontramos el principio sacramental a lo largo de toda su obra, y aún expresado de modo académico, por ejemplo en su contestación a la visión del cristianismo de Milman, *Essays Critical and Historical* (1841), y en su *Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845). Pero estas afirmaciones estuvieron precedidas, entre los años 1834 y 1840, por una serie de sermones admirables, que habían expresado ya esta visión tan típicamente suya. Nos encontramos con sermones como *La Encarnación*, *La gloria de la Iglesia cristiana*, *Los misterios de la religión*, *El reino de los santos*, *La providencia particular revelada en el Evangelio*, *El don del Espíritu*, *El ministerio cristiano*, *La iglesia visible e invisible*, *El culto diario*, *La iglesia visible: estímulo para la fe*, *La comunión de los santos*, *El mundo invisible* (punto culminante), *Cristo escondido del mundo*, *La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia*, *El culto: preparación para la venida de Cristo*, *Reverencia: creer en la presencia de Dios*, *Esperando a Cristo*, *Los palacios del Evangelio*, *El templo visible*, etc., con el gran antecedente del sermón de 1831 *Los poderes de la naturaleza*. Aquí se halla más patente que en ningún otro tema la influencia patristica, así como la tradición de la teología anglicana del obispo Butler y la poesía religiosa de Keble.

Semejante visión fue fundamental en el Movimiento de Oxford al empeñarse en la restauración de la iglesia anglicana, sobretodo en el sentido de los sacramentos y, por ende, de la liturgia, lugar privilegiado del encuentro entre el mundo visible y el invisible. Por otro lado el sermón siguiente es una cátedra de educación, escrito por alguien que era educador en una universidad, que vivía entre jóvenes, y que aún después de su conversión siguió llevando a niños, jóvenes y adultos a ese nivel de excelencia cristiana, tanto interior como exterior. No es poca la aplicación que puede tener hoy una prédica semejante, cuando vivimos tanto en el medio secular como en el mismo ámbito religioso una decadencia visible, en modos, palabras, vestimenta, y una verdadera mezquindad unida a un mal gusto chabacano en arquitectura, música y expresiones diversas de lo sagrado, que alejan cada vez más a la gente precisamente del misterio invisible que se pretende expresar. No hay, creemos, urgencia mayor que la de emprender una renovación litúrgica, lo cual ha sido siempre en la historia de la Iglesia (también en la mira de aquellos anglicanos del Movimiento de Oxford) vía de educar al ser humano, aún en aquellos otros aspectos más profanos que hacen a su ser cultural.

SERMÓN

*La gloria del Líbano vendrá a ti, el ciprés, el olmo y el boj a una,
a embellecer mi Lugar Santo y honrar el lugar donde mi pies reposan*

Cada atento lector de la Escritura debe darse cuenta del acento que se pone en el deber de dar suntuosidad y magnificencia al culto público de Dios. Hasta en los primeros rudimentos de la Iglesia, Jacob, un paria errante, después de la visión de la escalera de los ángeles, aunque no era suficiente para inclinarse ante la Presencia invisible, compartió, o, como diría el mundo, gastó, una porción de las provisiones que tenía para el viaje, en un acto de culto. Como David, no “ofreció aquello que no le costaba nada”, sino que, de modo semejante a aquella mujer religiosa al comienzo de un Testamento más lleno de gracias, y aunque no tenía “un frasco de alabastro con perfume de nardo puro muy costoso”(Jn 12,3), “hizo lo que pudo”, realizando un sacrificio menor que el de ella en su costo, pero mayor por su propia condición indigente, pues “tomando la piedra que se había puesto de almohada, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella” (Gen 28,18).

Lo que Jacob hizo como peregrino solitario, David como rey rico y María como mujer en privado, se nos muestra tanto en la historia sagrada como en la profecía, pleno bajo la Ley, presagio del Evangelio. El libro del Éxodo muestra cuán pródigo fue el gasto para el tabernáculo aún en medio del desierto. El libro de los Reyes y de las Crónicas establecen para nosotros la devoción del corazón, el celo diligente, el descuido por el gasto y el trabajo con el que fue levantado el primer Templo sobre el Monte Sión al comienzo de la monarquía de Israel. “*Con todas mis fuerzas* –dice David- he preparado, con destino a la Casa de mi Dios, el oro...y la plata...y el bronce...y el hierro...y la madera...; piedras de ónix y de engaste, piedras brillantes y de varios colores, toda suerte de piedras preciosas y piedras de alabastro en abundancia. Fuera de esto, en *mi amor* por la Casa de Dios, doy a la Casa de mi Dios el oro y la plata *que poseo*, además de todo lo que tengo preparado para la Casas del santuario”. Y David “tuvo un gran gozo” y “bendijo al Señor”, pues el pueblo también “se alegró por estas ofrendas voluntarias, porque de todo corazón lo habían ofrecido espontáneamente al Señor” (1 Cró 29, 2-3; 9-10). Y Salomón, cuando llegó a usar de estas ofrendas costosas, envió por “un hombre diestro en trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la púrpura escarlata, el carmesí y la púrpura violeta, y que sepa grabar, para que esté con los expertos que tengo conmigo en Judá y en Jerusalén” (2 Cró 2, 6). Si tal fue el esplendor exterior del santuario judío, las glorias del cristiano no deben ser menos externas y visibles, aunque sean más espirituales también.

Las palabras del profeta en el texto que comentamos no son sino un ejemplo entre muchos de la promesa de magnificencia temporal, hecha a aquel Testamento que iba a ser eterno. “La gloria del Líbano”, dice Isaías dirigiéndose a la Iglesia del Evangelio, “vendrá a ti, el ciprés, el olmo y el boj a una, a embellecer mi Lugar Santo y honrar el lugar donde mi pies reposan”. Y más adelante dice, “En vez de bronce traeré oro, en vez de hierro traeré plata, en vez de madera, bronce, y en vez de piedras, hierro...Llamarás a tus murallas ‘Salvación’ y a tus puertas ‘Alabanza’” (Is 60, 17-18). Y también dice, “Pobrecilla, azotada por los vientos, no consolada, mira que yo asiento en carbunclos tus piedras y voy a cimentarte con zafiros. Haré de rubí tus baluartes, tus puertas de piedras de cuarzo y todo tu término de piedras preciosas” (Is 54, 11-12).

Ahora bien, si se dice que algunas de estas expresiones son figurativas, puede ser verdad, pero aún así el mismo hecho de que tales figuras sean usadas en la profecía, parecería mostrar que los materiales indicados literalmente son aptos para ser usados en su cumplimiento, a menos que tal uso esté verdaderamente prohibido. No dejan de ser figuras por ser verdaderamente presentes tanto como dichas. El oro real es tan figura en la Iglesia cuanto tal es la mención que se hace de él en la Escritura, y es seguramente en sí mismo obediente y agradable subrayar la importancia de las palabras de la verdad inspirada. Más

aún, la mera circunstancia de que los cristianos, cuando llegó el Evangelio, hayan procedido así, consagrando las cosas preciosas de este mundo para los usos religiosos, parece como el cumplimiento de la profecía y tiene la naturaleza de un mandamiento de autoridad.

Sin embargo, puede objetarse que cada atento lector de la Escritura está familiarizado con la circunstancia de que tal esplendor exterior en el culto de Dios es referido en términos de censura o lujo por nuestro Señor y Salvador. Por eso dice, al enumerar las ofensas de los fariseos, “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis *por fuera* la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña e intemperancia!”, y también, “¡Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia!” (Mt 23, 25.27) Y cuando sus discípulos le mostraron a nuestro Señor el gran tamaño de las piedras de que estaba construido el Templo (un Templo, debe notarse, ornamentado así por el impío Herodes), El contestó abruptamente, “No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida” (Mt 24,2).

Estos pasajes deben ser tenidos en cuenta, pero ¿qué significan? ¿Dijo nuestro Señor que la magnificencia en el culto de Dios, la magnificencia en Su casa, en su mobiliario y en sus decoraciones, está mal, mal desde que El ha venido al mundo? ¿Desalienta que se construyan hermosas iglesias o que se embellezca el ceremonial de la religión? ¿Nos exhorta a la tacañería? ¿Hizo un desaire al arte de la arquitectura? ¿Quiso decir que le agradaríamos más cuanto menos atención y preocupación diéramos a lo externo del culto? ¿Al rechazar la ofrenda de Herodes, prohibió la devoción de los cristianos?

Esto es lo que muchas personas piensan. No exagero cuando digo que piensan que cuanto más hogareño y familiar es su culto más espiritual llega a ser. Y arguyen que anhelar la belleza externa en el servicio del Santuario es ser como los fariseos, bellos por fuera y vacíos por dentro, que así como los fariseos pretendían una santidad y religiosidad externa que no tenían dentro, así cada uno que tiende hacia una la religión externa sacrifica lo interior. Esta es una consideración digna de ser meditada, no ciertamente por su propio peso sino porque pesa para muchas personas. La objeción es esta: como las vacuos fariseos eran santos externamente, así cualquiera que muestre una santidad exterior es o está en peligro de llegar a ser un fariseo.

Ahora bien, para tomar un ejemplo paralelo, muchos de nosotros quizás han escuchado el proverbio, “la limpieza está junto a la divinidad”, que significa que el hábito del que se habla es una excelencia moral y que aquellos que son deficientes en esto son comúnmente deficientes también en otras y más religiosas excelencias. ¿Quién entre nosotros no admitirá que nada es más desagradable, más aún, bajo ciertas circunstancias nada hace brotar pensamientos más serios y ansiosos, que la ausencia de pulcritud y buen orden en la apariencia y el vestido? Podemos a menudo decir inmediatamente cómo se conducen las personas jóvenes al primer vistazo. Oh sí, leemos lo que es doloroso en su historia, vemos un cambio en su estado religioso por su aspecto y la negligencia de su modo de andar. O entrando en una escuela de pueblo, ¿no estamos gustosos inmediatamente con el rostro del niño bien cuidado y limpio, y disgustados cuando no es así?

Pero suponed ahora que alguien viene a nosotros y dice, “Todo esto es externo, lo que Dios quiere es una corazón limpio, no una cuidada apariencia”. ¿Sería esta una objeción pertinente? Debemos responder por cierto, que lo que pide nuestro deber es la limpieza de corazón y la decencia en el vestir también, que un punto de vista no interfiere con el otro, sino que, al contrario, es apropiado a esa excelencia y santidad interior *mostrarse* a sí mismas de este mismo modo, con una apariencia apropiada, y que si existen personas que son exigentes

en sus vidas pero, a pesar de ello, son negligentes en sus personas, esto no debe ser así y deseamos que sea de otro modo.

Pero supongamos que el objetor continúa diciendo que aquellos que son cuidadosos y respetables en sus personas y en sus casas tienen con frecuencia muy mal genio, haciendo siempre del cuidado *el punto*, lo que se llama “particular”, y disputando con todo el que interfiere con sus hábitos y maneras. Deberíamos responder que de ser así es lamentable, pero que, a pesar de esto, es una cosa recta ser cuidadoso y una mala ser dejado, que la excelencia interior se muestra mejor en la excelencia exterior, y que la limpieza es el más apropiado y natural acompañante de la piedad.

Supongamos, nuevamente, que el objetor en cuestión diga que la propiedad en el vestido se convierte en amor por lo vistoso, que aquellos que atienden a su persona se hacen vanidosos, que es imposible ser cuidadoso y respetable sin seguir vistiendo vistosamente y tratando de atraer la atención de otros. Deberíamos contestar que todo esto no debe ser y que estaría muy mal, que la vanidad es un gran pecado, que aquellos que se fijan mucho en sus atuendos desobedecen el mandamiento de nuestro Señor de no pensar acerca de la vestimenta y se exponen a tentaciones, llevados sin saber adónde, yendo por el camino de la muerte, el camino que se hace peligroso, acerca de los asuntos más grandes como del vestido mismo. Esto deberíamos decir. Pero deberíamos agregar que tales consideraciones no prueban que el cuidado y la decencia no sean dignos de elogio, sino que el amor a lo vistoso es peligroso y la vanidad un pecado.

Pero supongamos que el objetor sostenga lo que dice con la Escritura, diciendo por ejemplo, que nuestro Señor censuró a las personas que se lavaban las manos antes de comer el pan, y que esto prueba que lavarse las manos antes de comer está mal. No estoy tomando ningún caso ficticio, pues tales objeciones han sido hechas realmente antes. La respuesta es ciertamente fácil: nuestro Señor objetó no el mero lavado de las manos sino dar demasiada importancia a tal observancia, pensar que eso es la religión, que aprovecharía a la religión interior y compensaría por los pecados del corazón. Esto es lo que El condenó: la demostración de gran atención a las cosas exteriores *mientras* las interiores, que son más importantes, se descuidan. Lo dijo El mismo en su denuncia a los fariseos, “Esto debe hacerse *sin dejar de hacer* lo otro”. Expresamente dice que deben hacer lo exterior, pero que deben hacer más. Hacían lo uno y no lo otro. Debían haber hecho ambas cosas.

Ahora apliquemos esto al caso de embellecer iglesias. Tal como es el cuidado y la decencia en un individuo, así es la decoración en una iglesia, y así como nos ofendería la dejadez en un individuo, así debemos estar ofendidos ante el desorden y la negligencia en nuestras iglesias. Es totalmente cierto que los hombres *son* tan perversos (como eran los fariseos) que algunas veces atienden solo a las formas exteriores y descuidan el espíritu interior, que ofrecen a Dios costosos mobiliarios y piedras hermosas mientras son crueles o fanáticos, como personas que pueden ser cuidadas en sí mismas y en sus casas pero de mal genio y peleadoras. También es cierto que pueden llevar demasiado lejos su atención a las formas externas de la religión y llegar a ser supersticiosos, como las personas que pasan del amor por el cuidado al amor por lo vistoso. Y, más aún, la Escritura habla contra la hipocresía de aquellos que son religiosos externamente mientras viven en pecado, así como habla contra aquellos que lavan sus manos mientras su corazón está manchado. Pero aún así y a pesar de todo esto, la propiedad en la apariencia y en el vestir es una virtud, que sigue a la piedad, y de igual modo, la decencia y la reverencia deben ser observadas en el culto de Dios, y siguen a la devoción, a pesar de ser verdad que no todo lo que es grave y severo es santo, no todo lo que es munífico es devoto.

Lo que la Escritura reprocha es la *inconsistencia* o lo que se llama más solemnemente *hipocresía* de ser bello por fuera y horrible por dentro, de ser religioso en apariencia, no de verdad. Es una ofensa no ser religioso y es una segunda ofensa pretender ser religioso. “¡Insensatos –dice nuestro Señor- el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior?” (Lc 11,40). Tal cual sea un hombre externamente, así debe ser interiormente. “¿Cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos? Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas” (Mt 12, 34-35). La luz de la verdad divina, cuando está en el corazón, debe brillar exteriormente, y cuando un hombre es oscuro dentro está bien que deba mostrar exteriormente lo que es. Tal como un hombre es dentro, así debe ser su exterior.

Bien, pero ¿no véis que tal doctrina condena no sólo a aquellos que tienen que ver con una religión exterior sin la interior, sino también a aquellos que tienen que ver con la religión interior sin la exterior? Pues si es una inconsistencia pretender la religión externamente mientras se la rechaza internamente, es también inconsistente, ciertamente, ser negligente externamente mientras se pretende ser religioso internamente. Es ciertamente errado creer y no profesar la fe, errado poner nuestra luz debajo del celemín. San Pablo lo dice expresamente: “Si *confiesas con tus labios* que Jesús es el Señor y crees en su corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, serás salvado” (Rom 10,9). Creer no es suficiente, debemos confesar la fe. Y no solo con la boca sino con las palabras y los hechos, hablando y callando, haciendo y no haciendo, caminando y conversando, acompañado y solo, a tiempo y en el lugar, cuando trabajamos y cuando descansamos, cuando nos acostamos y cuando nos levantamos, en la juventud y en la vejez, en la vida y en la muerte, y, de igual modo, en el mundo y en la Iglesia.

Ahora bien, adornar el culto de Dios nuestro Salvador, hacer visible la belleza de la santidad, traer ofrendas al santuario, ser observador de lo arquitectónico y reverente en las ceremonias, todo esta religión externa es una suerte de profesión y confesión de fe; no es nada más que lo natural, lo consistente, en aquellos que están cultivando dentro la vida religiosa. Es más impropio y más ofensivo en aquellos que no son religiosos, pero más propio y necesario en aquellos que lo son.

Las personas que ponen a un lado la gravedad y el atractivo del culto de Dios, para poder orar más espiritualmente, olvidan que Dios es el creador de *todas* las cosas, tanto las *visibles* como las *invisibles*, que es el Señor de nuestros cuerpos así como de nuestras almas, que debe ser adorado en público así como en secreto. El creador de este mundo no es otro que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, no hay dos dioses, uno de la materia y otro del espíritu, uno de la Ley y otro del Evangelio. Hay un solo Dios y es el Señor de todo lo que somos y de todo lo que tenemos, y por eso, todo lo que hacemos debe estar impreso con Su sello y firma.

Debemos comenzar, sin duda, con el corazón, pues del corazón procede todo bien y todo mal, pero si bien comenzamos con el corazón, no debemos terminar con el corazón. No debemos renunciar a este mundo visible como si viniera del lado malo. Es nuestro deber cambiarlo en el reino de los cielos. Debemos manifestar el reino de los cielos sobre la tierra. La luz de la verdad divina debe proceder *de* nuestros corazones y brillar *sobre* cada cosa que somos y cada cosa que hacemos. Debe hacer cautivo de Cristo al hombre *total*, alma y cuerpo. Aquellos que someten su voluntad a Cristo postran sus cuerpos, los que ofrecen su corazón hincan sus rodillas, los que tienen fe en su nombre inclinan su cabeza, los que honran Su cruz interiormente no se avergüenzan delante de los hombres. Los que gozan *con* sus hermanos en la salvación común y desean rendir culto unidos, *construyen un lugar* para dar culto en él y lo construyen como la *expresión* de sus sentimientos, de su mutuo amor, de su común reverencia. Construyen un edificio que, por así decir, hablará, profesará y confesará a Cristo

su Salvador, que dará testimonio de Su muerte y resurrección a primera vista, que recordará a todos los que entren que estamos salvados por Su cruz y debemos llevar nuestra cruz detrás suyo. Construirán algo que puede contar sus pensamientos más profundos y sagrados, que no se atreven a pronunciar con palabras, no un edificio deforme ni sórdido, sino una morada noble, un palacio interiormente glorioso, no adecuado para la majestad de Dios, por cierto, que aún los cielos de los cielos no pueden contener, pero adecuado para expresar los sentimientos de sus constructores, un monumento que puede permanecer y, como si dijéramos, predicar a todo el mundo mientras el mundo dure, que puede mostrar cuánto desean alabar, bendecir y glorificar a su eterno benefactor, cuánto desean llevar a otros a alabarle. Un templo que pueda gritar a todos los que pasan por allí: “¡Exaltad al Señor nuestro Dios, postraos ante el estrado de sus pies, porque El es santo! ¡Exaltad a nuestro Dios, postraos ante su monte santo, porque el Señor nuestro Dios es santo! (Sal 99, 5,9).

Este es el estado real de la cuestión, y cuando nuestro Señor censuró a los fariseos como hipócritas, no fue por atender el exterior de la copa sino por no atender también el interior de la misma.

Ahora bien, en respuesta al paralelo que he delineado, puede objetarse que “si bien la decoración del servicio público de Dios es como el deber personal de propiedad en el vestir y en el porte, la decoración es errada cuando es intencional y estudiada. Aquellos que están ansiosos por cómo se ven y qué piensan otros de ellos están en camino de ser vanidosos, si no es que ya lo son. El decoro debería ser el resultado *espontáneo* de la exactitud interior, la gracia en las maneras y en el vestido debería ser la mera imagen exterior de la armonía y la pureza del alma. Así es que las personas santas se visten con simplicidad, hablan con modestia, se portan con gravedad. Su habilidad, su amabilidad, su gentileza, su compostura y majestad, son tan poco conocidas por ellas mismas como los rasgos de su rostro. Si el paralelo corresponde, la religión exterior se hace excesiva tan pronto como se hace un objeto en sí, y esto, por supuesto, es prácticamente un argumento contra toda consagración de riqueza y de arte para el culto de Dios”.

Una simple aclaración, sin embargo, es suficiente para invalidar esta objeción, pues se debe observar que al dar mucha importancia a nuestra apariencia nos estamos contemplando a nosotros mismos, pero al dársela al ceremonial de la religión estamos contemplando a otro, al que es nuestro creador y redentor. Esta es una distinción tan obvia y decisiva, que no debería tomar en cuenta la objeción a la que respondo, si no fuera porque nos lleva a otra consideración relacionada con el asunto. Pues sucede que hoy, lejos de reconocer su fuerza, el modo del mundo es ser muy sensiblemente celoso acerca del sobre-embellecimiento del culto de Dios, mientras no tiene escrúpulos o dudas ante cualquier exceso de esplendor y magnificencia en su vestimenta, casas, muebles, equipajes y servidumbre.

Digo que este es el modo en que nosotros los ingleses, que somos el pueblo más rico de la tierra, gastamos nuestra riqueza en nosotros mismos, y que cuando cruza por nuestras mentes el pensamiento, si es que lo hace, de que una aplicación tal de la abundancia de Dios es indigna de aquellos que se llaman seguidores de Aquel que nació en un establo y murió en una Cruz, respondemos tranquilamente preguntando “¿Cuál es el uso de todas esas cosas valiosas que Dios nos ha dado si no podemos gozarlas? La tierra reboza de belleza y riqueza, y el hombre está dotado con la habilidad para mejorar y perfeccionar lo que encuentra en ella. ¡Qué de cosas delicadas y costosas presentan a nuestros ojos las calles de cualquier ciudad rica! ¡Qué de mercaderías, linos finos, sedas extranjeras, metales preciosos, joyas, mármoles, y qué exquisitas hechuras que hacen doblemente digno lo que ya es en sí excelente! ¿Qué puede hacerse –se pregunta- con toda esta generosidad de la Providencia, si El no la hubiera derramado pródigamente en nuestras manos para que sea usada? Y lo que es cierto de las

cosas más valiosas, es verdad de las menos valiosas, es verdad de cosas tales como las que aparecen en el camino de las personas ordinarias. Los lujos de la opulencia se nos ofrecen de algún modo a todos, como si fuéramos opulentos, pues participamos de la opulencia común de nuestro país. ¿Porqué, pues, no podemos gozar de los dones de la naturaleza y el arte que Dios ha dado?”

Ya he sugerido la verdadera respuesta a esta dificultad. La tierra está llena de las magníficas obras de Dios, diréis, y ¿qué haremos con ellas, con los mármoles y piedras preciosas, oro y plata, y fino lino? Darlas a Dios. Ofrecerlas a Aquel de quien, por quien y para quien son todas las cosas. Esta es su destinación apropiada. ¿Es mejor cosa vestir nuestros cuerpos pecaminosos de hilo y joyas, u ornamentar con ellos la casa de Dios y el ritual de Dios? ¿Duda alguien para qué están destinadas todas estas cosas excelentes, o, al menos, para que *no* están destinadas?. No ciertamente para que los pecadores se hagan vistosos además. ¡Qué presunción sería, qué sin sentido! ¿No habla el mundo todo en alabanza de Dios? ¿No hablan de Dios cada estrella del cielo, cada árbol y cada flor sobre la tierra, todo lo que crece y que dura, los bosques frondosos, las montañas eternas? ¿No son las perlas del mar, las joyas en las rocas, los metales en las minas y los mármoles en la cantera, todas las sustancias ricas y bellas, no son en todas partes testigos de Aquel que las hizo? ¿No son Su obra, Su señal, Su gloria? ¿No son una porción del vasto templo natural, los cielos, tierra y mar, una enorme catedral para el Obispo de nuestras almas, el Supremo Sacerdote, que creó primero todas las cosas y luego, nuevamente, llegó a ser, adquiriéndolas, su Posesor? ¿No os conmueve, pues, como una presunción extremada y una suerte de sacrilegio, consagrarlas a la gloria de cualquiera y no a la de Dios? Si miramos bien las cosas, ¿puede haber espectáculo más terrible, ejemplo de un culto a sí mismo más completo, una idolatría más detestable, que hombres y mujeres haciéndose finos a sí mismos para que otros deba admirarlos, guardando todas estas cosas para sí, negándolas a su verdadero Dueño, viéndolas como si fueran sólo obras de la “naturaleza”, como se las llama a veces, e incapaces de cualquier propósito religioso? Recordad a Herodes, que fue herido por el ángel y comido por los gusanos, porque no dio a Dios la gloria. Y ¿cómo la retuvo? Ataviándose en sus galas reales, haciendo una oración y siendo paciente al grito “Es la voz de un dios y no la de un hombre”. El aparato real le fue imputado como pecado, porque lo usó no para recordarle que era ministro de Dios, sino para impresionar al pueblo como que era un dios. Y cada quien, de alta dignidad o no, que tiene la práctica de vestirse ostentadamente, sea de hilo o algodón, es decir, cualquiera que viste para ser visto y admirado, está usando de los dones de Dios para un servicio idolátrico y los ofrece para sí mismo.

No, dominemos esta verdad grande y simple: todos los materiales ricos y los productos de este mundo, siendo propiedad de Dios, están dedicados al servicio de Dios, y solo el pecado, nada más que él, puede orientarlos a un propósito diferente. Todas las cosas son tuyas. El en su generosidad nos permite tomar libremente todo lo que hay en el mundo, para alimento, vestido y alojamiento, nos lo permite en gran extensión, no nos aflige con duras restricciones, nos da un uso a discreción, del cual debemos responder sólo ante El. Aún así, más allá de todo permiso, en el fondo no debemos tomar lo que no necesitamos. Debemos tomarlo para la vida, para la comodidad, para disfrutar; no para el lujo, no para el orgullo. Démosle de lo suyo, como habla David, honrémosle a El, no a nosotros. Dejemos que la casa de Dios sea ricamente adornada, pues es el lugar donde habita, que lo sean sus sacerdotes porque le representan, los reyes, magistrados, jueces y padres de familia, porque son sus ministros. Estos son llamados dioses en la Escritura, y “todo lo que es llamado Dios o que se le da culto” puede recibir de sus dones que llevan su Nombre. Nada por más rico que sea es pecaminoso si tiene un significado religioso: nos recuerda a Dios, o a los ausentes que reverenciamos y amamos, o a los familiares o amigos que se han ido, o que es un don y no

una compra. En la medida que lo desvinculemos del pensamiento de nosotros mismos y lo asociemos con la piedad hacia otros, lograremos santificarlo.

Por eso es que, mientras Abraham envió joyas a Rebeca y Jacob hizo a José una túnica de muchos colores, San Pablo nos da su mandato de que “las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, *no* con trenzas ni con toro o perlas o vestidos costosos” (1 Tim 2,9), y San Pedro que el “adorno no esté en el exterior, en peinados, joyas y modas, sino en lo oculto del corazón” (1 Pe 3, 3-4). También comparad el libro de Ezequiel con el Apocalipsis y veréis el uso correcto e incorrecto de la magnificencia terrena ejemplificado en la ciudad del Anticristo y la Jerusalén Santa. Los juicios de Dios son denunciados sobre Tiro por el profeta, por ser orgullosa de su riqueza y haberla gastado en sí misma. “En Edén estabas, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónix, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas”. Y ¿qué se siguió de esto? “Tu corazón se ha pagado de tu belleza, has corrompido tu sabiduría por causa de tu esplendor. Yo te he precipitado en tierra” (Ez 28, 13.17). Por otro lado, de la nueva Jerusalén leemos también que los fundamentos de su muralla “están adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento es de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla; y la plaza de la ciudad es de oro puro, trasparente como el cristal”. Y todo esto es apropiado porque es la ciudad de Dios, “y la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero” (Apo 21, 19-23).

Aprendamos de lo que ha sido dicho sobretodo esta lección: ser al menos tan exigentes y decentes en el servicio de Dios como lo somos con nuestras personas y nuestras casas, y si estamos en posesión de cosas preciosas además, dediquémoslas más bien a Dios que guardarlas para nosotros. Y nunca olvidemos que todo lo que podemos dar, aunque sea de Su creación, no vale nada en comparación de los dones más preciados que ha derramado sobre nosotros en el Evangelio. Aunque nuestro altar y nuestra pila bautismal fueran de mármoles costosos, aunque nuestros vasos sagrados fueran de oro y joyas, aunque nuestros muros estuvieran recubiertos por ricos tapices, ¿qué es todo esto comparado con Cristo, el Hijo de Dios e Hijo del Hombre, presente aquí, aunque invisible? Usemos las cosas invisibles no para esconder sino para recordarnos las cosas invisibles, y pidámosle que mientras limpiamos el exterior de la copa y el plato, El nos dé el Pan Vivo del cielo y el Vino que es Su Sangre.

Comentario y traducción del P. Fernando M. Cavaller